

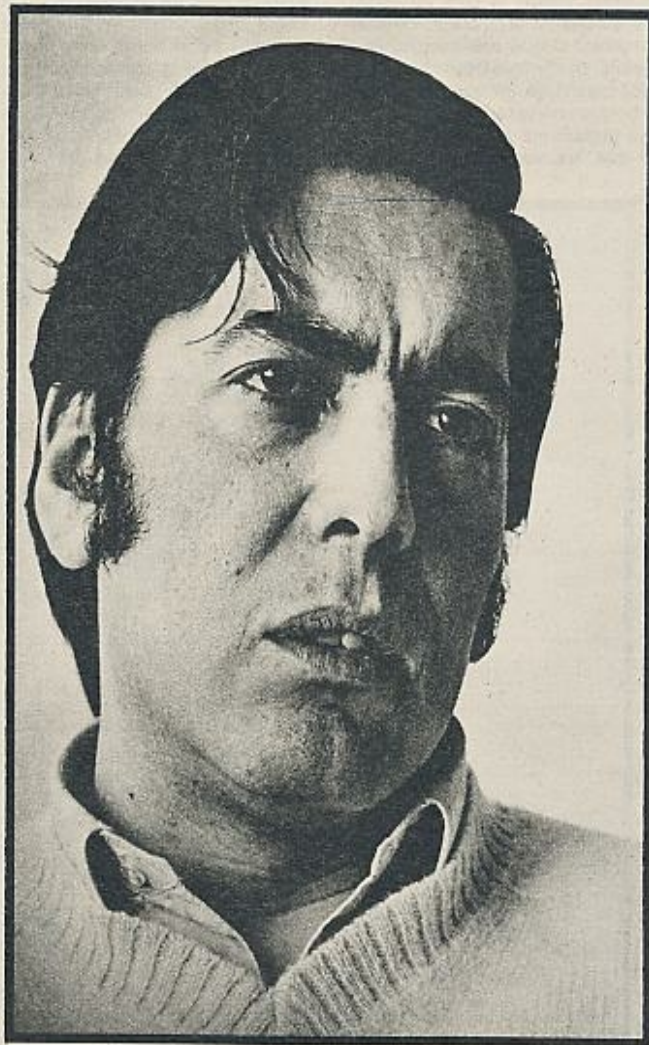
EL ÚLTIMO VARGAS LLOSA

El autor de «La ciudad y los perros» y «Conversaciones en la catedral» publica ahora una nueva novela que prolongará los grandes éxitos de la narrativa hispanoamericana. Este libro de Vargas Llosa, «Pantaleón y las visitadoras» (Seix Barral), está basado en una historia real del Alto Marañón (Perú), tal como declaró el autor a R. Cano Caviria: «Sí, es una historia muy divertida. La primera vez pasamos por una serie de pueblos, y siempre, cuando conversábamos con los vecinos, en todas partes se nos quejaban de los soldados de las guarniciones de frontera. Los vecinos de esos pueblecitos se quejaban de que los soldados, el día de salida, se emborrachaban y abusaban de las mujeres. Violaban a las hermanas, a las tías, a las novias, a las esposas... Era una queja corriente en los pueblos por donde pasamos el año 58 y el año 65; al pasar por los mismos pueblos, vimos que las quejas eran ahora distintas. El Ejército, en vista de que el problema había adquirido grandes proporciones, había dado instrucciones precisas para tratar de contener de alguna manera la impetuosidad sexual de los soldados y oficiales de las guarniciones de la selva. Bueno, no tanto de los oficiales, ya que a éstos se les permitía que llevaran familia, si la tenían. Para resolver el problema se había montado un servicio, que no sé si existe todavía: el «servicio de las visitadoras». Publicamos a continuación un pasaje de la novela.

QUITOS, 26 de agosto de 1956.
Querida Chichi:

Perdona que no te haya escrito tanto tiempo, estarás rajando de tu hermanita que tanto te quiere y diciendo furiosa por qué la tonta de Pocha no me cuenta cómo le ha ido allá, cómo es la Amazonia. Pero, la verdad, Chichita, aunque desde que llegué he pensado mucho en ti y te he extrañado horrores, no he tenido tiempo para escribirte y tampoco ganas (¿no te enojas, ya?); ahora te cuento por qué. Resulta que Iquitos no la ha tratado muy bien a tu hermanita, Chichi. No estoy muy contenta con el cambio, las cosas aquí van saliendo mal y raras. No te quiero decir que esta ciudad sea más fea que Chiclayo, no, al contrario. Aunque chiquita, es alegre y simpática, y lo más lindo de todo, claro, la selva y el gran río Amazonas, que una siempre ha oído es enorme como mar, no se ve la otra orilla y mil cosas más, pero en realidad no te lo imaginas hasta que lo ves de cerca: lindísimo. Te digo que hemos hecho varios paseos en deslizador (así llaman acá a las lanchitas); un domingo, hasta Tamshiya-co, un pueblito río arriba; otro, a uno de nombre graciosísimo, San Juan de Munich, y otro hasta Indiana, un pueblito río abajo que lo han hecho prácticamente todo unos Padres y Madres canadienses; formidable, ¿no te parece?, que se vengán desde tan lejos a este calor y soledad para civilizar a los chunchos de la selva. Fuimos con mi suegra, pero nunca más la llevaremos en deslizador, porque las tres veces se pasó el viaje muerta de miedo, prendida de Panta, llorqueando que nos íbamos a volcar: «ustedes se salvarán nadando, pero yo me hundiré y me comerán las pirañas» (que ojalá fuera verdad, Chichita, pero las pobres pirañas se envenenarían). Y después, a la venida, quejándose de las picaduras porque, te digo, Chichita, una de las cosas terribles aquí son los zancudos y los izangos (zancudos de tierra, se esconden en el pasto); la tienen a una todo el día pura roncha, echándose repelentes y ras-cándose. Ya ves, hija, los inconvenientes de tener la piel fina y la sangre azul, que a los bichitos les provoca picarte (¡ajá).

Lo cierto es que si a mí la venida a Iquitos no me ha resultado buena, para mi suegra ha sido fatal. Porque allá en Chiclayo ella estaba feliz, tú sabes cómo es de amiguera, haciendo vida social con los vejeteros de la Villa Militar, jugando canasta todas las tardes, llorando como una Magdalena con



PANTALEÓN Y LAS VISITADORAS

sus radioteatros y dando sus tectos; pero lo que es aquí, eso que le gusta tanto a ella, eso que la hacíamos renegar diciéndole «su vida de conventillo» (uy, Chichi, me acuerdo de Chiclayo y me muero de pena!), aquí no lo va a tener, así que le ha dado por consolarse con la religión, o, mejor dicho, con la

brujería, como lo oyes. Porque, cáete muerta, ese fue el primer baldazo de agua fría que recibí: no vamos a vivir en la Villa Militar ni a poder juntarnos con las familias de los oficiales. Ni más ni menos. Y eso es terrible para la señora Leonor, que traía grandes ilusiones de hacerse amiga inseparable de

la esposa del comandante de la V Región y darse pinto como se daba allá en Chiclayo por ser íntima de la esposa del coronel Montes, que sólo les faltaba meterse juntas en la cama a las dos viejas (para chismear y rajar bajo las sábanas, no seas mal pensada). Oye: ¿te acuerdas del chiste ése? Pepito le dice a Carlitos: «¿Quieres que mi abuelita haga como el lobo?». «Sí quiero». «¿Cuánto tiempo que no haces cositas con el abuelo, abuelita?». «¡Uuuuuuuu!». Lo cierto es que con esa orden nos han requetefregado, Chichi, porque las únicas casitas modernas y cómodas que hay en Iquitos son las de la Villa Militar, o las de la Naval, o las del Grupo Aeronáutico. Las de la ciudad son viejísimas, feísimas, incomodísimas. Hemos tomado una en la calle Sargento Lores, de esas que construyeron a principios de siglo, cuando lo del caucho, que son las más pintorescas, con sus fachadas de azulejos de Portugal y sus balcones de madera; es grande y desde una ventana se ve el río, pero, eso sí, no se compara ni a la más pobre de la Villa Militar. Lo que más cólera me da es que ni siquiera podemos bañarnos en la piscina de la Villa, ni en la de los marinos ni en la de los aviadores, y en Iquitos sólo hay una piscina, horrible, la Municipal, donde va cuanto Dios existe: fui una vez y había como mil personas; ¡qué asco!, montones de tipos esperaban con caras de tigres que las mujeres se metieran al agua para, con el pretexto del amontonamiento, ya te imaginas. Nunca más, Chichi; preferible la ducha. Qué furia cuando pienso que la mujer de cualquier tenientito puede estar en estos momentos en la piscina de la Villa Militar, aseoleándose, oyendo su radio y remojándose, y yo aquí pegada al ventilador para no asarme: te juro que al general Scavino le cortaré yo lo que ya sabes (¡ajá). Porque, además, resulta que ni siquiera puedo hacer las compras de la casa en el Bazar del Ejército, donde todo cuesta la mitad, sino en las tiendas de la calle, como cualquiera. Ni eso nos dejan, tenemos que vivir igual que si Panta fuera civil. Le han dado dos mil soles más de sueldo, como bonificación, pero eso no compensa nada, Chichi, así que ya ves: en lo que se refiere a platita, la Pochita está jodidita (me salió en verso, menos mal que no he perdido el humor, ¿no?).

Figúrate que a Panta me lo tienen vestido día y noche de civil, con los uniformes apollillándose en un bañi; no podrá ponérselos nunca,

PANTALEON Y LAS VISITADORAS

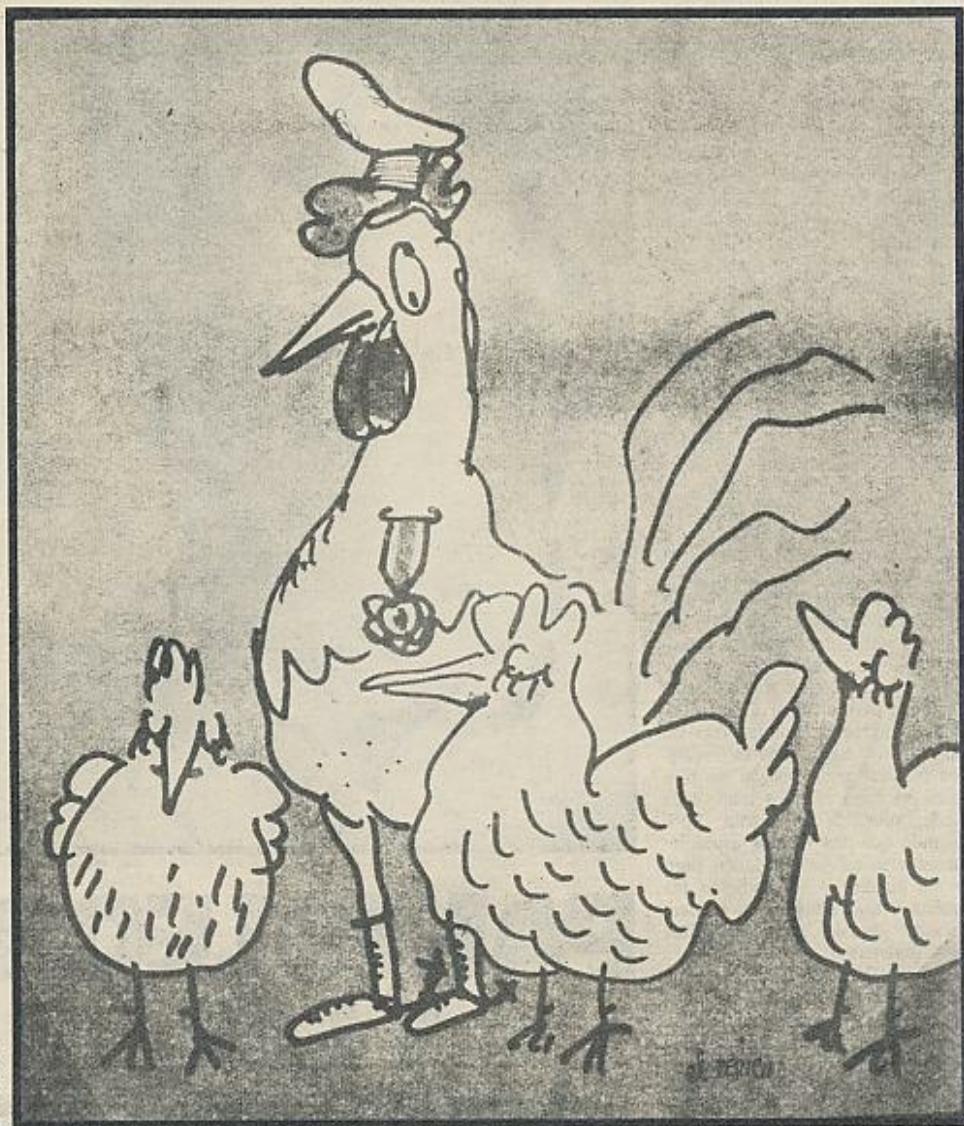
a él que le gustan tanto. Y a todo el mundo tenemos que hacerle creer que Panta es un comerciante que ha venido a hacer negocios a Iquitos. Lo gracioso es que a mi suegra y a mí se nos arman unos enredos terribles con los vecinos; a veces les inventamos una cosa y a veces otra, y de repente se nos escapan recuerdos militares de Chiclayo que los deben dejar muy intrigados, y ya tendremos en todo el barrio fama de una familia rara y medio sospechosa. Te estoy viendo dar saltos en tu cama diciendo qué le pasa a esta idiota que no me cuenta de una vez por qué tanto misterio. Pero resulta, Chichi, que no te puedo decir nada, es secreto militar, y tan secreto, que si se supiera que Panta ha contado algo, lo juzgarían por traición a la Patria. Imagínate, Chichita, que le han dado una misión importantísima en el Servicio de Inteligencia, un trabajo muy peligroso, y por eso nadie debe saber que es capitán. Uy, qué bruta, ya te conté el secreto y ahora me da flojera romper la carta y empezarla de nuevo. Júrame Chichita que no vas a decirle una palabra a nadie, porque te mato, y, además, no querrás que a tu cuñadito lo metan al calabozo o lo fusilen por tu culpa, ¿no? Así que muda y sin correr a contarles el cuento a las chismosas de tus amigas Santana. ¿No es cómico que Panta esté convertido en un agente secreto? Te digo que doña Leonor y yo nos morimos de curiosidad por saber qué es lo que espía aquí en Iquitos; nos lo comemos a preguntas y tratamos de sonsacarle, pero tú ya lo conoces, no suelta silaba aunque lo maten. Eso está por verse: tu hermanita también es terca como una mula, así que veremos quién gana. Sólo te advierto que cuando averigüe en qué anda metido Panta, no pienso chismearte aunque te hagas pipí de curiosidad.

Ahora será muy emocionante que el Ejército le haya dado esa misión en el Servicio de Inteligencia, Chichita, y eso quizá lo ayude mucho en su carrera, pero lo que es yo, te digo no estoy nada contenta con el asunto. En primer lugar, porque casi no lo veo. Tú sabes lo cumplidor y maniático que es Panta con su trabajo, se toma todo lo que le mandan tan a pecho, que no duerme, ni come, ni vive hasta que lo termina, pero en Chiclayo al menos tenía sus guardias con horario fijo y yo sabía sus entradas y salidas. Pero aquí se pasa la vida afuera, nunca se sabe a qué hora vuelve y, cáete muerta, ni en qué estado. Te digo que no me acostumbro a verlo de civil, con guayaberas y blue jeans y la gorrita jockey que le ha dado por ponerse; me parece haber cambiado de marido, y no sólo por eso (uy, qué vergüenza, Chichi, eso sí que no me atrevo a contártelo). Si sólo fuera durante el día, yo feliz

de que trabaje. Pero tiene que salir también de noche, a veces hasta tardísimo, y se me ha presentado tres veces cayéndose de borracho; había que ayudarlo a desvestirse, y al día siguiente, su mamacita tenía que ponerle pañitos en la frente y hacerle mates. Sí, Chichi, te estoy viendo la cara de asombro, aunque no te lo creas; Panta el abstemio, el que sólo tomaba Pasterina desde que tuvo hemorroides, cayéndose de borracho y con la lengua enrevesada. Ahora me da risa porque me acuerdo lo chistoso que era verlo irse de bruces

mejor es verdad (así se ve en las películas de espionaje, ¿no es cierto?), pero, oye: ¿tú te quedarías tan tranquila si tu marido se pasara la noche en los bares? No, pues, hijita, ni que yo fuera boba para creer que en los bares sólo ve a hombres. Ahí tiene que haber mujeres que se le acercan y le meten conversación, y Dios sabe qué más. Le he hecho unos escándalos terribles, y me ha prometido no salir más de noche salvo cuando sea de vida o muerte. Le he rebuscado con lupa todos sus bolsillos y camisas y ropa interior,

Y, además, por la bendita misión tiene que juntarse con una gente que pone los pelos de punta. Fíjate que la otra tarde había ido a la vermouth con una vecina de la que me he hecho amiga, Alicia, casada con un muchacho del Banco Amazónico, una loretana muy simpática que nos ayudó mucho con la instalación. Fuimos al cine Excelsior, a ver una de Rock Hudson (agárrame, que me desmayo), y a la salida estábamos dando una vueltita tomando fresco, cuando al pasar por un bar que se llama Camu Camu, lo veo a Panta en una mesa del



El Perich

contra las cosas y oírlo quejarse, pero en el momento pasé unos colerones que tenía ganas de cortarle a él también lo que ya sabes (contra, me fregaría yo solita, jajá). El me jura y requetejura que tiene que salir de noche por su misión, que debe buscar a unos tipos que sólo viven en los bares, que hacen ahí sus citas para despistar, y a lo

porque te digo que si le encuentro la menor prueba de que ha estado con mujeres, pobre Panta. Menos mal que en esto su mamacita me ayuda; está aterrada con las salidas nocturnas y las traquitas de su hijito, al que siempre había creído un santito de sacristía y resulta que ahora ya no lo es tanto (uy, Chichi, te mueres si te cuento).

rinconcito... ¡con qué pareja! Un ataque, Chichi; la mujer, una perica tan llena de pintura, que no le cabía una gota más ni en las orejas, con unas tetetas y un pompis que rebalsaban del asiento, y el tipo, un hombrequito a medias, tan retaco, que los pies no le llegaban al suelo, y encima con unos aires de castigador increíbles. Y Panta, en-

tre los dos, conversando lo más animado, como si fueran amigos de toda la vida. Le dije a Alicia: «Mira, mi marido», y entonces ella me agarró del brazo, nerviosísima: «Ven, Pocha, vámonos, no te puedes acercar». Total, que nos fuimos. ¿Quiénes crees que eran ese par? La perica es la mujer de más mala fama de todo Iquitos, el enemigo número uno de los hogares; le dicen Chuchupe y tiene una casa de pes en la carretera a Nanay, y el enanito, su amante. Para partirse de risa imaginársela haciendo cositas con el mamarracho ése; vaya depravada y él peor. ¿Qué te parece? Después se lo dije a Panta a ver qué cara ponía, y por supuesto, se comió un pavo tan terrible, que comenzó a tartamudear. Pero no se atrevió a negármelo, reconoció que ese dúo son gente de mal vivir. Que tenía que buscarlos por su trabajo, que nunca que lo viera con ellos me lo fuera a acercar, ni menos su madre. Yo le dije «allá tú con quien te juntas, pero si alguna vez sé que te has ido a meter a la casa de la perica en Nanay, tu matrimonio peligrará, Panta». No, pues, hijita, figúrate la fama que vamos a hacernos aquí si Panta empieza a lucirse por las calles con esa gente. Otra de sus juntas es un chino; yo, que creía que todos los chinos eran finitos, éste es Frankenstein. Aunque a Alicia le parece pintón, las loretanas tienen el gusto travieso, hermana. Lo pesqué con él un día que fui a visitar el Acuario Moronacocho, a ver los peces ornamentales (lindos, te digo, pero se me ocurrió tocar una anguilla y me soltó una descarga eléctrica con la cola que casi me tira al suelo), y la señora Leonor también lo ha pescado en una cantinita con el chino, y Alicia los chapó paseándose por la Plaza de Armas, y por ella me enteré que el chino tiene fama de gran forajido. Que explota mujeres, que es un vividor y un vago; figúrate las amistades de tu cuñadito. Se lo he sacado en la cara, y la señora Leonor más que yo, porque a ella la enferman más que a mí las malas juntas de su hijito, sobre todo ahora que cree que se nos viene encima el fin del mundo. Panta le ha prometido que no se lucirá más en las calles ni con la perica, ni con el enano; ni con el chino, pero tendrá que seguir viéndolos a escondidas porque resulta que es parte de su trabajo. Yo no sé dónde va a ir a parar con esa misión y con esa clase de relaciones, Chichita; comprenderás que me tiene con los nervios alterados, saltoncísima.

Aunque en realidad no debería estarlo, quiero decir por el lado de los cuernos y la infidelidad, porque, ¿te cuento, hermana?, no te imaginas cómo ha cambiado Panta en lo que se refiere a esas cosas, las íntimas. ¿Te acuerdas cómo ha sido él siempre tan formalito desde que nos casamos, que tú te bur-

labas tanto y me decías estoy segura que con Pantita tú ayunas, Pocha? Pues ya no te podrás burlar nunca más de tu cuñadito en ese aspecto, malhablada, porque desde que pisó Iquitos se volvió una fiera. Algo terrible, Chichi; a veces me asusto y pienso si no será una enfermedad, porque figúrate que antes, te he contado, le provocaba hacer cositas una vez cada diez o quince días (qué vergüenza hablarte de esto, Chichi), y ahora el bandido le provoca cada dos, cada tres días, y tengo que estarle frenando los ímpetus, porque tampoco es plan, pues, ¿no?, con este calor y esta humedad tan pegajosa. Además, se me ocurre que le podría hacer mal, parece que afecta al cerebro; ¿no decía todo el mundo que el marido de la Pulpito Carrasco se volvió locumbeta de tanto hacer cositas con ella? Panta dice que es culpa del clima; un general ya lo previno allá en Lima que la selva vuelve a los hombres unos fosforitos. Te digo que me da risa ver a tu cuñadito tan fogoso; a veces se le antoja hacer cositas de día, después del almuerzo, con el pretexto de la siesta, pero claro que no lo dejo, y a veces me despierta de madrugada con la locura ésa. Imagínate que la otra noche lo chapé tomando tiempo con un cronómetro mientras hacíamos cositas; se lo dije y se confundió muchísimo. Después me confesó que necesitaba saber cuánto duraban las cositas entre una pareja normal: ¿se estará volviendo vicioso? Quién le va a creer que para su trabajo necesita averiguar esas porquerías. Le digo «no te reconozco, Panta, tú eras tan educadito, me da la impresión de estarte metiendo cuernos con otro Panta». En fin, hija, basta de hablar de cochinas, que tú eres virgencita, y te juro que me peleo contigo para siempre si se te ocurre comentar esto con algúen y sobre todo con las Santana, esas locas.

Por parte claro que me tranquiliza que Panta se haya vuelto tan cargoso en lo de las cositas; quiere decir que su mujer le gusta (ejem, ejem) y que no necesita buscar aventuras en la calle. Aunque hasta por ahí nomás, Chichi, porque aquí en Iquitos las mujeres son cosa muy, muy seria. ¿Sabes cuál es el gran pretexto que ha inventado tu cuñadito para hacer cositas cuando se le antoja? ¡Pantita Junior! Sí, Chichi, como lo oyes; por fin se animó a que tengamos el bebé. Me había prometido «apenas estrene el tercer galón y está cumpliendo», pero ahora, con el cambio de temperamento, ya no sé si es por darme gusto a mí o de puro sabido, para estar haciendo cositas mañana y tarde. Te digo que es para morirse de risa; entra de la calle como un ratoncito eléctrico y me da vueltas y más vueltas hasta que se atreve. «¿esta noche podemos encargar el cadetito,



Pocha?»; jaja, ¿no es lindo?, lo adoro, Chichi (oye, no sé cómo te cuento estas cochinas a ti, que eres soltera). Hasta ahora ni chus ni mus: flaca, a pesar de tanto encargo; ayer mismo me vino la regla normal; ¡qué colerón!, yo decía «este mes, sí». ¿Vendrás a cuidar de tu hermanita cuando esté barrigona, Chichi? Uy, que sea mañana, que ya hayas venido, qué ganas de tenerte aquí para chismear a gusto. Eso sí, te llevarás una prendida con los loretanos: para encontrar un churro hay que buscarlo como aguja; ya le iré echando el ojo a alguno que valga la pena para que no te aburras mucho cuando vengas. ¿te fijas que esta carta me está saliendo kilométrica? Tienes que contestarme con igualito de páginas, ¿okay?. ¿No será que no puedo tener bebés, Chichi? Me da un terror que todos los días le pido a Dios cualquier castigo menos ése; me moriría de pena si no tuviera al menos el hombrecito y la mujercita. El médico dice que soy perfectamente normal, así que espero que el otro mes ya. ¿Sabías que cada vez que el hombre hace cositas le salen millones de espermatozoides y que sólo uno entra en el óvulo de la mujer y ahí se forma el bebuto? Estuve leyendo un folleto que me dio el doctor, todo muy bien explicado, te quedas bizca con el milagro de la vida. Si quieres te lo mando, así te vas instruyendo para cuando sientes cabeza, te caeses, pierdas la virginidad y sepas lo que es manjar blanco, flaca bandida. Espero no ponerme muy fea, Chichi; algunas se quedan horribles con el embarazo, se hinchan como sapos, les salen varices, uy, qué asco. Ya no le voy a gustar a tu cuñadito el fogoso y a lo mejor se busca un entretenimiento en la calle; te digo que no sé qué le hago. Me imagino que con el calor y la humedad de aquí el embarazo debe ser atroz, sobre todo no viviendo en la Villa Militar, sino donde nosotros, los suertudos. Te digo que esa es otra preocupación que me saca canas: yo, feliz de tener el bebé, pero, ¿y si con el pretexto de que me puse gorda el desgraciado de Panta se enreda con alguna loretana, sobre todo ahora que le ha dado la ventolera de hacer cositas hasta de dormido? Me muero de hambre, Chichi, hace horas que te escribo. Ya doña Leonor está sirviendo el almuerzo, te imaginarás cómo estará de contenta mi suegra con la idea del nieto. Voy, almuerzo y después sígo, así que no te suicides, todavía no me despido, chaucito hermana.

Ya volví, Chichi; me demoré horrores, son cerca de las seis, tuve que dormir una siesta porque comí como una boa. Fíjate que Alicia nos trajo de regalo una fuente de tacacho, un plato típico de aquí, qué amable ¿no?; menos mal que me he encontrado una amiga en Iquitos. Había oído hablar tanto del famoso tacacho, es plátano verde machacado con carne de chanchito, que había que ir a comerlo al Mercado de Belén, al restaurante La Lámpara de Aladino Panduro, donde hay un gran cocinero; así que lo estuve cargoseando a Panta hasta que el otro día nos llevó. Tempranito, el Mercado funciona desde el amanecer y lo cierran pronto. Belén es lo más pintoresco de aquí, ya verás, un barrio entero de casitas de madera flotando sobre el río; la gente va en botecitos de un lado a otro, de lo más original te digo, la llaman la Venecia de la Amazonía, aunque se ve una pobreza tremenda. El Mercado está muy bien para ir a conocerlo y a comprar frutas, pescados o los collares y pulseras que hacen en la tribus, muy bonitos, pero no para ir a comer, Chichi. Casi nos morimos cuando entramos donde Aladino Panduro; no te puedes imaginar la suciedad y las nubes de bichos. Los platos que nos trajeron estaban negros, y eran las moscas, las espantabas, y ahí mismo volvían y se te metían por los ojos y por la boca. Total, ni yo ni doña Leonor probamos bocado, estábamos con náuseas; el bárbaro de Panta se comió los tres platos y también la cecina que el señor Aladino insistió había que comer con el tacacho. Le conté a Alicia nuestro chasco: y ella me dijo: «Un día de estos te hago yo tacacho para que veas lo que es bueno», y esta mañana nos trajo una fuente. Riquísimo, hermana, se parece a los chifles del Norte, aunque no tanto: el plátano tiene aquí otro gusto. Sólo que es un plomo de pesado; tuve que echarme a hacer la digestión, y mi suegra está torcida del dolor de estómago y con cólico de gases, verde de vergüenza porque no puede aguantarse y se le salen los peditos delante de mí; de repente, de ésta revienta y se va al cielo de una vez. No, qué mala soy, pobre señora Leonor; en el fondo es buena, lo único que me fastidia es que trate a su hijito como si todavía fuera un bebé y un santito; qué vieja cojuda, ¿no?

¿Te conté que la pobre se ha buscado el entretenimiento de la superstición? Me tiene la casa hecha un muladar. Figúrate que a los pocos días de estar nosotros aquí, hubo gran alboroto en Iquitos con la llegada del Hermano Francisco, a lo mejor has oído hablar de él, yo no había hasta que vine aquí. En la Amazonía es más famoso que Marlon Brando; ha fundado una religión que se llama los Hermanos del Arca, va por todas partes

PANTALEON Y LAS VISITADORAS

a patita y donde llega coloca una enorme cruz e inaugura arcos, que son sus iglesias. Tiene muchos devotos, sobre todo en el pueblo, y parece que los curas andan furias con la competencia que les hace, pero hasta ahora no dicen ni pío. Bueno, mi suegra y yo fuimos a oírlo en Moronacocha. Había muchísima gente, lo impresionante era que hablaba crucificado como Cristo, ni más ni menos. Anunciaba el fin del mundo, pedía a la gente que hiciera ofrendas y sacrificios para el juicio final. No se le entendía mucho, habla un español difícilísimo. Pero la gente le oía hipnotizada, las mujeres lloraban y se ponían de rodillas. Yo misma me contagié de la emoción y hasta solté mis lagrimones, y mi suegra no te imaginas, a sollozo vivo y no la podíamos calmar; el brujo la flechó, Chichi. Después, en la casa, decía maravillas del Hermano Francisco, y al día siguiente volvió al arca de Moronacocha para hablar con los «hermanos», y ahora resulta que la vieja también se ha hecho «hermana». Mira por dónde le vino a salir el tirp: ella, que nunca le hizo mucho caso a la religión verdadera, termina beata de herejías. Figúrate que su cuarto está lleno de crucecitas de madera, y si fuera sólo eso, tanto mejor que se distraiga; pero lo cochino del asunto es que la manía de esta religión es crucificar animales, y eso ya no me gusta, porque en sus crucecitas cada mañana me encuentro pegadas cucarachas, mariposas, arañas y el otro día hasta un ratón, ¡qué asco espantoso! Vez que le pesco una de esas porque-rías, se la echo a la basura, y ya nos hemos agarrado buenas peleas. Es un plato, porque apenas estalla una tormenta, y aquí es a cada momento, la vieja se pone a temblar creyendo que es el fin del mundo y todos los días ruega a Panta que mande hacer una gran cruz para la entrada. Mira cuántos cambios en poco tiempo.

¿Qué te estaba contando entonces, cuando paré para ir a almorzar? Ah, sí, de las loretanas. Uy, Chichi, todo lo que dicen había sido cierto y todavía mucho más; cada día descubro algo nuevo, me quedo mareada y digo qué es esto. Iquitos debe ser la ciudad más corrompida del Perú, incluso peor que Lima. A lo mejor es verdad y el clima tiene que ver mucho, quiero decir en eso de que las mujeres sean tan terribles; ya ves cómo Panta pisó la selva y se volvió un volcán. Lo peor es que las bandidas son guapísimas, los charapas tan feos y sin gracia y ellas tan regias. No te exagero, Chichita, creo que las mujeres más bonitas que hay en el Perú (con la excepción de la que habla y su hermana, claro) son las de Iquitos. Todas, las que se las nota decenas y las de pueblo, y hasta te digo que quizá las mejores sean

las huachafitas. Unas curvilíneas, hija, con una manerita de caminar coquetísima y desvergonzada, moviendo el pompis con gran desparpajo y echando los hombros atrás para que el busto se vea paradito. Unas frescas; se ponen unos pantaloncitos como guantes. ¿Y tú crees que se chupan cuando los hombres les dicen cosas? Qué ocurrencia, les siguen la cuerda y los miran a los ojos con una frescura que a algunas provoca jalonearlas de las mechas. ¡Ah!, tengo que contarte una cosa que oí ayer, al entrar al Almacén Record (donde tienen el sistema del 3 x 4, tú compras tres artículos y el cuarto te lo regalan, ¿bestial, no?), entre dos muchachas jovencitas. Una le decía a la otra: «¿Ya te has besado con militar?». «No, ¿por qué me lo preguntas?». «**Besan rrrrico**». Me dio una risa... lo decía con el cantito loretano y en voz alta, sin importarle que todo el mundo la oyera. Son así, Chichi, unas frescas como no hay. ¿Y tú crees que se quedan en los besos? Qué esperanza; según Alicia, estas diablitas comienzan con travesuras mayores desde el colegio y aprenden a cuidarse y todo, y cuando se casan, las muy sápas hacen el gran teatro para que sus maridos las crean sin estrenar. Algunas van donde las ayahuasqueras (esas brujas que preparan la ayahuasca, ¿has oído, no?, un cocimiento que hace soñar cosas rarísimas) para que las pongan nuevecitas otra vez. Figúrate, figúrate. Te juro que cada vez que salgo de compras o al cine con Alicia, vuelvo colorada de las historias que me cuenta. Saluda a una amiga, le pregunto quién es, y me dice una terrible, figúrate qué, y la que menos ha tenido varios amantes, todas las casadas se han metido alguna vez con militar, aviador o marino, pero sobre todo militar, tienen un gran prestigio con las charapas; hijita, menos mal que a Panta no me lo dejan usar uniforme. Estas locas aprovechan el menor descuido del marido y, sás, cuernos. De temblarles, flaca. ¿Y tú crees que hacen las cosas bien hechas, en su camita y sábanas? Alicia me dijo: «Si quieres, nos vamos a dar una vuelta a Moronacocha y verás la cantidad de autos donde las parejas están haciendo cositas (pero, de verdad, ¡ah!), una al lado de la otra como si tal cosa». Figúrate que a una mujer la encontraron haciendo cositas con un teniente de la Guardia Civil en la última fila del cine Bolognesi. Dicen que se malogró la película, encendieron la luz y los chaparon. Pobres, ¿te imaginas el susto que se llevarían al ver que se prendía la luz, sobre todo ella? Se habían echado aprovechando que hay bancas en lugar de asientos y que la última fila estaba vacía. Un escándalo tremendo; parece que la esposa del teniente casi mata a la mujer, porque un locutor de Radio

Amazonas, que es terrible y suelta todas las verdades, contó la historia con pelos y señales, y al teniente acabaron sacándole de Iquitos. Yo no quería creer semejante aventura, pero Alicia me enseñó a la tipa en la calle, una morena muy fachosa, con una carita de no mata una mosca. La miraba y le decía: «Alicia, tú me estás mintiendo, ¿hacían cositas cositas en plena película, en esa incomodidad y con el susto de que los pescaran?». Parece que sí, a la chica la chaparon sin calzón y al teniente con el pajaro al aire. Después de París, Iquitos la corrompida, flaca. No voy a creer que Alicia es una habladora, yo le sonsaco, por curiosidad y también por prevenida, hijita; aquí hay que estar con cuatro ojos y ocho manos defendiéndote de estas loretanas; te volteas, y te desaparecen al marido. Alicia, aunque charapa, es muy seriecita, aunque a veces me saca también uno de esos pantalones de calzador. Pero no anda provocando a los hombres, no los mira con la desfachatez de sus paisanas.

A propósito de lo bandidas que son las loretanas, qué tonta, me estaba olvidando de contarte lo más chistoso y lo mejor (o más bien, lo peor). No te puedes imaginar el chasco que nos llevamos cuando estábamos a medio instalarnos en esta casita. ¿Tú habías oído hablar de las famosas «lavanderas» de Iquitos? Toda la gente me ha dicho, pero dónde vivías, Pocha, de dónde bajas, el mundo entero sabe lo que son las famosas «lavanderas» de Iquitos. Pues yo seré tonta o caída del nido, hermana, pero ni en Chiclayo, ni en Ica, ni en Lima, había oído hablar jamás de las «lavanderas» de Iquitos. Fíjate que llevábamos unos pocos días en la casita, y nuestro dormitorio queda en los bajos, con una ventana a la calle. Todavía no teníamos muchacha —ahora tengo una que se le pasea el alma, pero buenísima—, y a las horas más raras, de repente nos tocaban esa ventana y se oían voces de mujer: «¡Lavandera!, ¿tienen ropa para lavar?». Y yo, sin siquiera abrir la ventana, decía no, muchas gracias. Nunca se me ocurrió pensar qué raro que en Iquitos haya tantas lavanderas por las calles y en cambio sea tan difícil conseguir muchacha, porque había puesto el cartelito «Necesito empleada», y sólo caían candidatas muy de cuando en cuando. Total, que un día, era muy temprano y estábamos todavía acostados, oigo el toquecito en la ventana: «¡Lavandera!, ¿tienes ropa?», y a mí se me había amontonado mucha ropa sucia, porque acá, te digo, con este calor es horrible, transpiras horrores, hay que cambiarse dos y hasta tres veces al día. Así que pensé reglo, que me lave la ropa siempre que no cobre muy caro. Le grité, «espérese un ratito», me levanté en camisón y

salí a abrirle la puerta. Ahí mismo debí sospechar que pasaba algo raro, porque la niña tenía pinta de todo menos lavandera; pero yo, una boba, en la luna. Una huachafita de lo más presentable, cinchada para resaltar las curvas, por supuesto, con las uñas pintadas y muy arregladita. Me miró de arriba abajo, de lo más asombrada, y yo pensé qué le pasa a ésta, qué tengo para que me mire así. Le dije «entre»; ella se metió a la casa, y antes de que le dijese nada vio la puerta del dormitorio y a Panta en la cama, y, pum, se lanzó derecha, y sin más ni más, se plantó frente a tu cuñado en una pose que me dejó bizca, la mano en la cadera y las piernas abiertas como gallito que va a atacar. Panta se sentó en la cama de un salto, se le salían los ojos de asombro por la aparición de la mujer. ¿Y qué te crees que hizo la tipa antes de que yo o Panta atináramos a decirle «espere afuera, qué hace aquí en el dormitorio»? Empezó a hablar de la tarifa: «Me tienen que pagar el doble, que ella no acostumbraba ocuparse con mujeres —señalándome a mí, flaca, cáete muerta—; para darse esos gustos hay que chancar», y no sé qué vulgaridades, y de repente me di cuenta del enredo y me empecaron a temblar las piernas. Sí, Chichi, jera una pe, una pe!, las «lavanderas» de Iquitos son las pes de Iquitos, y van de casa en casa ofreciendo sus servicios con el cuento de la ropa. Ahora, dime: ¿es o no Iquitos la ciudad más inmoral del mundo, hermana? Panta también cayó en la cuenta y comenzó a gritar: «Fuera de aquí, zamarra, qué te has creído, vas presa». La tipa se pegó el susto de su vida, entendió la equivocación y salió disparada, tropezándose. ¿Te figuras qué chasco, flaca? Se creyó que éramos unos degenerados, que yo la había hecho entrar para que hicieramos cositas los tres juntos. Quién sabe, bromeaba después Panta, a lo mejor valía la pena probar, ¿no te digo que ha cambiado tanto? Ahora que pasó, ya puedo reírme y hacer chistes, pero te digo que fue un mal rato feísimo, todo el día estuve muerta de vergüenza acordándome de la escenita. Ya ves lo que es esta tierra, hermana, una ciudad donde las que no son pes tratan de serlo, y donde si te disculpas un segundo te quedas sin marido, mira a la cuevita que vine a caer.

Ya se me durmió la mano, Chichi, ya está oscuro, debe ser tardísimo. Tendré que mandarte esta carta en un baúl para que quepa. A ver si me contestas rapidito, larguísimo, como yo, y con montones de chismes. ¿Sigue siendo Roberto tu enamorado, o ya cambiaste? Cuéntame todo, y palabra que en el futuro te escribiré seguidito.

Miles de besos, Chichi, de tu hermana que te extraña y quiere,

POCHITA
(C. Seix Barral)